



El día en que estallaron los libros electrónicos

José Luis Murcia

Los estruendos se escucharon en un radio de acción superior a un kilómetro cuadrado. El centro de la ciudad es tan pequeño que un suceso de este tipo no podía pasar inadvertido en ningún punto de la ciudad. Y eso que la ronda que la circundaba históricamente, con apenas una extensión de cuatro kilómetros, hace ya casi una veintena de años que había dejado paso a nuevas edificaciones, casi todas ellas llegadas al amparo de la puesta en marcha del AVE en 1992, un acontecimiento que impulsó a esta capital de provincia que se resistía a pasar de 50.000 habitantes y que hoy, con su población

flotante integrada por estudiantes, médicos y profesores, sobre todo, seguramente se acerca a las 100.000 almas.

Sin embargo, una ciudad tan pacífica y tranquila, que solo vio alterada su aburrida cotidianidad en una ocasión como consecuencia de la explosión de una bomba instalada por los descerebrados de ETA en un modesto bar de barrio, comenzó a preguntarse qué había sucedido, de dónde venía la intranquilidad y el desasosiego de multitud de peatones que vagaban por las calles del centro como pollos sin cabeza y, sobre todo, a qué obedecía esa cadena de estallidos en cadena similar a los efectos de las tracas en las ferias de los pue-

blos de alrededor y aún en las fiestas patronales de la Virgen del Prado, reina de la ciudad. Pero en esta ocasión, pese a la incertidumbre de muchos, todo hacía pensar que el problema no era grave. La mayoría de la multitud que a esas horas, ya en pleno verano, pululaban por las esquinas, simplemente tenía curiosidad por saber la verdadera razón de los extraños ruidos que, por otra parte, apenas duraron 30 segundos. Lo más extraño de la situación es que las explosiones, acaecidas en la mayoría de los puestos que pueblan el mercado municipal, apenas habían alterado el cotidiano discurrir de las calles Postas, Morería, Juan II, Borjas y Reyes que circundan el edificio donde cientos de personas, desde amas de casa a jubilados ociosos, realizan cada día su compra cotidiana. Aunque Antón acude, cuando menos tres veces por semana, al Mercado Municipal de Ciudad Real, este jueves había optado por no hacerlo. Pero, tras el estruendo, o los estruendos, le picó la curiosidad y se aventuró por la entrada de la calle Borjas. La verdad es que el espectáculo no difería casi nada del que se encontró el día anterior a una hora similar cuando se aventuró a comprar unos escalopines de ternera en la carnicería de Wences, uno de los establecimientos más reputados y con mayor historia del lugar. Eso sí, le llamó la atención que la gente andaba despacio, como a cámara lenta, sin rumbo... y que un halo de misterio se extendía por todo el lugar.

La vaca caminaba despacio por el pasillo y se paraba tranquilamente en cada uno de los puestos. Miraba con curiosidad vacuna, no podía ser de otra forma, movía armónicamente la cola como si un diapasón le marcara el ritmo, estiraba la cabeza hacia arriba mientras arrugaba el belfo y se quedaba inmóvil mientras parecía sonreír al mundo con cara de lela. Encontrársela junto al puesto de Wences no fue una sorpresa. Al fin y al cabo, su propietario se dedica al negocio de la venta de carne de ternera. Y, aunque se trataba de una vieja frisona, de las que suelen sacrificarse para carne tras una ardua vida como vaca lechera, a

Antón no le resultó excesivamente extraño. Ni siquiera que su caminar fuera más un levitar a media altura y que la imagen fuera más propia de un sueño que de la realidad...

Pero la vaca no cejó en su peregrinar y en su incansable curiosidad, ya que su siguiente parada la hizo en Bolsillones, un puesto dedicado a frutas y hortalizas, que regenta un miembro de esta familia que posee desde tiempos inmemoriales huertas en La Poblachuela, uno de los anejos de Ciudad Real, en el que las fincas de antaño dieron paso a los chalés de lujo de hogaño, muchos de ellos contruidos al socaire del furor constructicida que durante, al menos tres décadas, se apoderó de nosotros.

Bolsillones que, además de tener cultivos bajo plástico que le permite ofrecer a su numerosa clientela productos propios casi todo el año, cuenta con unos magníficos proveedores de las mejores huertas nacionales, parecía ajeno al suceso. La vaca, que vagaba como un fantasma por el mercado, se aproximó a las cajas de acelgas y cebolletas y tomó parte de su contenido para deglutirlas con todas sus ganas. Aunque Antón se rascó varias veces los ojos pareció acostumbrarse a la presencia de la vaca, a lo raro de la situación y al pasotismo de los que allí se daban cita. Y no entendía por qué Bolsillones no le gritaba o la espantaba con algún aspaviento o simplemente lo comentaba con algunos de los compradores o con algunos de sus colegas de los otros puestos.

Cuando parecía que la vaca iba a dar la vuelta y que todo era fruto de su imaginación, el cuadrúpedo se dirigió al puesto de pescado de David y Rebeca, un mozalbete de Torralba de Calatrava que inició su andadura hace pocos años junto a su hermana, el puesto aún lleva el nombre de los dos, y que poco a poco ha ido consolidando él solo. En esta ocasión la vaca no se interesó en exceso por la mercancía ofertada y se limitó a mirar unas espléndidas sardinas de Tarragona, vestidas de azul y plata, como diría un taurófilo, y con una mirada limpia, como si estuvieran vivas. Y por unos salmonetes de Castellón, con olor a mar limpia. Y por unas almejas de Carril,

para comérselas vivas. Y por una merluza del Cantábrico, tan grande como atractiva... Pero la vaca fijó su mirada en algo más verde y engulló todo el perejil que, con mimo, David se había procurado para regalar a su clientela más fiel... Giró sobre sí misma y se encaminó al puesto de Villaseñor, una familia dedicada al negocio de la carne, especialmente el cerdo, desde hace mucho tiempo. Miró con tranquilidad todas y cada una de las piezas que había esparcidas por el puesto: las cintas de lomo, el magro, los chuleteros, los solomillos, las sartas de chorizo picante, las morcillas de cebolla... y quedó pensativa.

Su siguiente parada fue en el puesto de encurtidos, patatas fritas y cortezas de María. El olor del vinagre pareció despertar en ella una vivacidad hasta ese momento desconocida. Antón creyó verla bailar o, al menos, giró sobre sí misma varias veces con un ritmo más que acompañado. Pasaron, bueno, pasó mucho tiempo, pero como los aparatos de medida habían quedado en el rincón de la historia, no hubo consciencia de ello. Y Antón hizo cábalas sobre el comportamiento de la vaca en este puesto. En principio pensó que se lanzaría sobre las aceitunas de Campo Real o sobre los kimbo (aceitunas con pepinillos) o sobre los pepinillos rellenos con anchoa o sobre las cebolletas en vinagre, las aceitunas negras o las guindillas... O quizás sobre las enormes bolsas de cortezas de cerdo que posaban sobre un expositor al lado izquierdo del puesto. Pero no. La vaca puso sus ojos sobre las patatas fritas, las famosas patatas fritas de María, y engulló dos buenas bolsas, con ritmo tranquilo y pausado. La propietaria, como todos, parecía ajena a la realidad y simplemente sonreía...

Por un momento, Antón, con la mente en blanco, pensó que la vaca había desaparecido, pero no... pizpireta como ella sola continuó su peregrinar con un meneo de culo propio de estrella de Hollywood. Muy despacio, como si ejecutara sus movimientos en un área con fuerza de gravedad inexistente, al modo y manera de los astronautas en las naves espaciales, la vaca

se aproximó lentamente al puesto de Blas, a la pollería de Blas, otro de los históricos de la plaza. Y miró con curiosidad los muslos de pollo deshuesados, las pechugas de pollo y pavo, las salchichas de ave, los conejos expuestos en un montón donde sobresalen sus ojos saltones que parece que se van a salir de las órbitas de un momento a otro, los higaditos y las mollejas, las codornices, los huevos y hasta los chorizos de ciervo... Blas, como todos, parecía en otro mundo. Más bien, parecía de otro mundo. Y la vaca, absorta, miró hacia un lado, hacia el otro y, por último, fijó sus ojos en las cajitas de huevos de codorniz, con sus pintitas marrones. Antón no sabría precisar con exactitud el tiempo que la vaca permaneció en ese estado. No parecía importarle, además. Esta mañana, los relojes pasaron a ser objetos decorativos insertables y el tiempo una entelequia inexistente.

De nuevo la vaca pareció levitar hacia su derecha y se aproximó a la carnicería de El Tranquilo, otra importante institución en el mercado de la capital. Cuentan que el abuelo del actual inquilino dejaba el puesto solo, con una enorme cola de parroquianas, cuando le llegaba la hora del café, a eso de las 9:30 o 10 de la mañana, y era capaz de no volver a aparecer hasta una hora después y cuando ya la cola daba la vuelta al mercado. Esa situación, y aún peores, no perturbaba su ánimo, ya que él, fiel a su condición, continuaba su tarea tan tranquilo. Pero esa condición no le restaba clientela, ya que todo el mundo tenía claro que sus salchichas eran las mejores de la ciudad. O, cuando menos, las más originales. E incluso parece que degustarlas aportaba al cuerpo un plus de paz y tranquilidad, la misma que ahora tenía nuestra vaca. Feliz, con una sonrisa de oreja a oreja, miraba las salchichas con insistencia. Desde arriba, desde abajo, de frente, de costado...

Pero ahora sí. Sin duda, la vaca había desaparecido. Como si se la hubiera tragado la tierra. Antón corrió con desesperación por los pasillos del mercado, tanto el central como los dos de las alas, pero no encontró nada. El mercado continuaba su actividad como cual-

quier otro día, lleno de gente, con los propietarios de los puestos en frenética actividad... pero el halo de misterio continuaba presente y esa especie de neblina que captó nada más entrar en él seguía allí.

Pero no podía ser. Ahora la vaca vagaba por el centro del mercado y, además, no iba sola. Le acompañaban una corte formada por un cerdo, un cordero, una gallina, un gallo de plumaje grisáceo y cresta rojo intenso, un conejo y un pequeño grupo de sardinas junto a un planísimo lenguado. Todos parecían flotar en el aire y a nadie extrañaba el rarísimo espectáculo. Mientras, Antón permanecía en el suelo completamente inmóvil. A su lado, mejor dicho, por todos lados, había pequeños cristalitos rotos que hasta ese momento habían formado parte de una cohorte de libros electrónicos que habían adquirido algunos de los propietarios de los puestos del mercado y que habían disfrutado hasta ese día. Es verdad que muchos de ellos añoraban el tacto del papel y el pasar real de páginas, pero el progreso es el progreso y todos habían decidido dar el salto.

Junto a la puerta, al lado de la frutería de Pilar, una niña de poco más de diez años, pasaba lentamente las páginas de un libro tradicional ajena a la situación, que por otra parte le parecía de lo más normal. Sobresaltado por el ruido, Antón se despertó y vio mucha gente a su alrededor. Todos se preocupaban por su desvanecimiento, probablemente una lipotimia propia de una bajada de tensión en un mes tan caluroso como julio. El bullicio era ahora real, la gente hablaba, gritaba, cuchicheaba y el mercado se encontraba con su aspecto cotidiano. Sin neblina, sin vaca y sin acompañantes de la vaca. Eso sí, el suelo continuaba lleno de pequeños cristales y a nadie parecía llamarles la atención. La niña del libro seguía con su quehacer y ahora sonreía, mientras pasaba la página 107.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado Municipal de Ciudad Real**